



# Resina Ane Riel



«La habitación blanca estaba completamente a oscuras cuando mi padre mató a mi abuela. Yo estuve ahí.»

Liv Hordone falleció con seis años. Se adentró en el mar durante la noche y hallaron su barca hecha añicos a la mañana siguiente. O, al menos, ésta es la historia que sus padres contaron a las autoridades. La realidad es bastante distinta: Liv está viva y se esconde tras una pared impenetrable de objetos que Jens, su padre, ha ido acumulando a lo largo de los años. Para el resto de los habitantes de la isla, la vida de la familia Hordone fluye de manera imperturbable, cristalizada hasta la eternidad como una hormiga atrapada en resina. Sólo María, la madre de Liv, podrá cambiar, para siempre, el rumbo de sus vidas.

Considerada una de las mejores novelas del año por *The Guardian*, *The Telegraph* y *Daily Express*, *Resina* es una poderosa novela negra, tensa e inquietante, que ha contado con el aplauso unánime del público y de la crítica al convertirse en un bestseller internacional en más de veinte países y cosechar los premios literarios más importantes de Europa.

# Liv

El cuarto blanco estaba a oscuras cuando papá mató a la abuela. Yo estaba allí. Carl también estaba allí, pero no se dieron cuenta. Era la mañana del día de Nochebuena y aunque caía una pizca de nieve, no llegó a ser una Navidad blanca exactamente.

Por aquel entonces era todo distinto. Fue antes de que las cosas de papá empezaran a invadirlo todo y no hubiese sitio en el cuarto de estar. Y antes de que mamá se volviera tan inmensa que no pudo salir más del dormitorio. Pero después de que me declarasen muerta para que no tuviera que ir al colegio.

¿O sería antes? No se me da bien el orden en que suceden las cosas, el tiempo se me confunde. Los primeros años de la vida parecen interminables. La señora me ha explicado que eso es porque cuando vives algo por primera vez causa mucha impresión, y esa impresión ocupa mucho espacio.

Definitivamente, era mucho lo que ocupaba mi vida por aquel entonces y mucho lo que vivía por primera vez. Por ejemplo, ver cómo mataban a la abuela.

El caso es que el árbol de Navidad estaba colgado del techo. No era ninguna novedad; papá siempre andaba levantando cosas por encima del suelo para aprovechar al máximo el espacio del cuarto de estar. Como luego hacía pilas de regalos por debajo del tronco, nosotros siempre esperábamos que trajese un árbol más bien pequeño.

Ese año el árbol debía de ser enano, porque hubo sitio para regalos enormes. Uno de ellos era un coche de madera bonito a rabiarse. Papá lo había construido en el taller y mamá había cosido unos cojincitos rojos. Siempre hacían los regalos ellos mismos. Por aquel entonces, yo aún no sabía que los hijos de otra gente recibían regalos comprados. Apenas si sabía que otra gente tenía hijos y les hacían regalos. No estábamos muy al tanto de esas cosas. A Carl y a mí nos encantaba todo lo que nos daban y, sobre todo, nos encantaban papá y mamá. Bueno, Carl a veces se enfadaba un poco con ellos sin saber muy bien por qué.

La novedad de esas Navidades fue que la abuela acababa de morir. Era la primera vez que nos pasaba algo así y, obviamente, a ella también. Por lo menos se la veía estupefacta, allí sentada en el sillón verde, mirando el árbol sin pestañear. Creo que se había fijado en un corazón trenzado de papel marrón que había hecho yo. Era ella quien me había enseñado a trenzar papel, antes de decirle a papá todas esas cosas que seguramente no debería haberle dicho.

Nos pareció que debíamos dejarla pasar la noche con nosotros al lado del árbol antes de despacharla, y que también había que darle un regalo, claro. Vale, nos pareció a papá y a mí. Sobre todo a mí. Mamá sólo aceptó porque yo no paré de darle la lata.

La abuela tenía los pies subidos al escabel, me acuerdo. Supongo que lo recuerdo porque estaba sentada en el suelo, justo delante de ella. Llevaba unas medias de nailon moradas tan transparentes que le veía las bragas, y los cordones marrones de sus zapatos tenían aún el olor dulzón de algo que llevaban para protegerlos de la lluvia. Los zapatos estaban nuevos, recién comprados en una tienda del continente, según me había contado. Llevaba, además, una falda gris, una blusa roja y un pañuelo de gaviotas blancas, prendas que yo había sacado de su maleta. Insistí en ponerla guapa por Nochebuena. No habría quedado bien dejarla ahí, en camisón.

Después de aquella noche, no volvimos a sentarnos en el sillón verde. No podíamos.

Tenía demasiadas cosas encima.

Como la abuela no podía quitarle el papel de periódico, me dejaron que le abriese yo el regalo. Al principio creí que papá le había hecho otro cochecito a ella, porque era también una caja alargada de madera con ruedas. Pero no, el suyo era un ataúd. Sin volante ni cojines rojos. Y sin tapa. No hacía falta la tapa, aseguró. Lo único que había dentro era la almohada con que la había asfixiado por la mañana.

Cuando metimos dentro a la abuela con la cabeza en la almohada —esta vez encima—, papá la sacó rodando por la puerta de atrás, rodeó la casa, pasó por delante de la leñera y llegó hasta el sembrado de detrás del establo. Carl y yo lo seguíamos montados en el cochecito; empujando yo, claro, que si no, no nos habríamos movido del sitio. Mamá venía la última. Con ella las cosas llevaban siempre su tiempo.

Todo estaba más negro que la boca del lobo, pero teníamos la costumbre de movernos a oscuras por nuestras propiedades. El cielo debía de estar muy encapotado esa Nochebuena, porque no se veía una sola estrella y costaba adivinar el bosque que rodeaba la casa y los campos. Por la mañana había soplado un poco de viento, pero ya no se movía ni una hoja y se había esfumado la nieve. Por lo visto, la Navidad había decidido ser silenciosa y oscura.

Luego prendimos fuego a la abuela con pastillas de encender la chimenea, papel de periódico y cerillas de esas extralargas con las que no nos dejaban jugar (Carl lo hacía de todas formas). Antes, claro, le quitamos los zapatos, que estaban nuevecitos y eran a prueba de lluvia.

Al rato tuvimos que apartarnos un poco, por el calor. Las llamas no tardaron en ser tan altas que el bebedero surgió de la oscuridad al otro lado del cercado y se adivinaba la maleza de la linde del bosque. Al echar un vistazo a mi alrededor, sorprendí a mi propia sombra danzando en el muro

iluminado del establo, que estaba a mi espalda, y al resplandor del fuego vi con claridad a papá y a mamá. Se habían dado la mano.

Al volverme de nuevo hacia la abuela, allí en medio de las llamas con su pelo blanco, se me encogió el estómago.

—¿De verdad que no le duele? —pregunté.

—No, no te preocupes —contestó papá—. No nota nada. Ya no está aquí.

Como me había puesto de pie en el coche y veía a la abuela allí, acostada en su caja, aquella respuesta me pareció un poco rara. Sin embargo, yo siempre creía a pies juntillas lo que decía papá, que lo sabía todo. Fue él quien me contó que en la oscuridad las cosas no dolían de verdad. En el fondo del mar, por ejemplo, los peces no notaban que mordían nuestros anzuelos, y de noche los conejos no sentían nada al caer en nuestras trampas. «La oscuridad se lleva el dolor —decía siempre papá—. Además, nosotros sólo cazamos los conejos que necesitamos.» Por eso la gente buena como nosotros sólo salía a cazar de noche.

Por otra parte, qué mejor prueba que mi abuela, que estaba ahí quemándose sin decir ni pío. Y mira que normalmente gritaba lo suyo cuando le hacían daño o le llevaban la contraria. En mi vida he oído a nadie chillar tanto como ella el día que le cayó en la cabeza un cajón entero de atún en conserva. A veces se ponía hecha una auténtica fiera.

Aún humeaba un poquito cuando salimos a verla a la mañana siguiente. O, mejor dicho, a ver sus restos, porque no es que quedase gran cosa. A mí, en el fondo, me daba un poco de pena que nos dejara, porque a veces era agradable tenerla en casa. Hacía unas tortitas estupendas.

Cuando fui a mirar más tarde, ya sólo se veía la tierra ennegrecida y un poquito de hierba chamuscada. Papá me explicó que había limpiado todo y había enterrado los restos. Nunca me dijo dónde.

Con el tiempo, me he preguntado muchas veces si papá hizo lo correcto al ahogarla con la almohada. Él aseguraba que sí. De lo contrario las cosas habrían ido mucho peor.

La abuela tampoco dijo nada cuando ocurrió. Sólo se quedó en la cama, pataleando de una forma un poco rara hasta que estuvo muerta del todo; me recordó un poco a los peces cuando se quedaban sin aire en el fondo de la barca. Ahí era cuando les dábamos un buen golpe en la cabeza para que no sufriesen. Tampoco es cuestión de hacer sufrir a nadie.

Por suerte, el cuarto de la abuela estaba completamente a oscuras esa mañana del día de Nochebuena. Con tanta oscuridad, es imposible que le doliese que la mataran; al menos eso pensaba yo entonces. Además, todo fue muy rápido, porque papá apretó con ganas. Se saca músculo a fuerza de cortar árboles, acarrear tablas, arrastrar cosas y hacer muebles. Creo que podría haberlo hecho hasta yo, porque papá siempre decía que era muy fuerte para mi edad y, sobre todo, para ser una chica.

Yo, la verdad, nunca pensaba en lo que era o lo que dejaba de ser. Creo que era lo que ellos veían. Y a veces veía cosas que ellos no veían.

Vivíamos en La Cabeza, que era una especie de islita muy pequeña encima de otra más grande. Allí sólo vivíamos nosotros y así nos las arreglábamos.

La Cabeza estaba unida a la otra isla por una estrecha lengua de tierra a la que llamaban El Cuello. Ya he dicho que eso del tiempo no es lo mío, pero papá aseguraba que, yendo a buen paso, por El Cuello se tardaba algo menos de media hora en llegar hasta el primer grupo de casas y otro cuarto de hora más en ir al pueblo más grande de la isla principal. A mí Korsted me parecía gigantesco, pero la abuela siempre contaba que, comparado con la ciudad que

había en el continente, no era más que un pueblecito diminuto. La idea de tanta gente junta me daba miedo. No me sentía a salvo en compañía de otras personas. Papá decía que con la gente nunca se sabe. No hay que dejarse engañar por su sonrisa.

Lo mejor de los que vivían en la isla grande era que ellos tenían todo lo que necesitábamos, así que, en el fondo, no podíamos arreglárnoslas sin ellos.

Cuando papá dejó de estar por la labor de salir de La Cabeza por las noches, la tarea de ir en busca de todo tipo de cosas recayó en mí, pero para entonces hacía ya mucho que me había enseñado a hacerlo.

Al principio, íbamos los dos juntos con la camioneta. Solía ser en plena noche, cuando la gente tenía el sueño más pesado. Buscábamos siempre un lugar donde esconder la camioneta y luego nos colábamos en graneros y cobertizos, y a veces también en cuartos de estar, en cocinas y en sitios así. Una vez nos metimos en el dormitorio de una señora, y estaba tan borracha que hasta nos atrevimos a quitarle el edredón. Después, no podía sacármela de la cabeza; me preguntaba qué habría pensado al despertarse y ver que el edredón ya no estaba. Papá me contó que la había visto en Korsted al día siguiente. Le había parecido algo confusa, ¡y no era para menos! Papá me explicó que era un edredón de plumón de oca que tenía que haberle costado un dineral. ¿Creería que se había ido volando él solito?

El edredón de oca se lo quedó mamá y yo heredé su edredón viejo, que era uno que papá había conseguido a principios de año a cambio de una prensa estupenda para embutidos. Era de plumas de pato. Unos meses más tarde volvimos a casa del barbero a recoger la prensa, porque la idea no era que se quedase con ella. El barbero y su mujer dormían en el piso de arriba, y la cocina y la prensa estaban en el de abajo. Ni siquiera echaban la llave de la puerta de atrás, así que más fácil no pudo ser. A esas alturas, yo creía



que el barbero en realidad estaba de acuerdo en que fuésemos a llevarnos nuestras cosas. O sus cosas. O de quien fueran. Su mujer siempre olía que apestaba; ¡se olía desde la cocina! De haber sido el barbero, yo habría preferido que alguien viniera a llevársela a ella en vez de la prensa. Papá decía que era perfume.

Durante mucho tiempo, el edredón de pato de mamá olió a la mujer del barbero, pero cuando lo heredé yo, olía sobre todo a mamá, un poquito a perfume y nada a pato, gracias a Dios. En cambio, el nuevo edredón de oca de mamá olía lo suyo a alcohol. Ella, que lo más fuerte que bebía era café con leche y al final nada más que agua de la bomba; pero ya llegaremos a eso.

Papá tenía el don de saber abrir puertas y ventanas sin hacer ruido. Decía que lo había aprendido de su padre. Nunca conocí al abuelo, pero sé que se llamaba Silas. Cuando papá me enseñó a mí, me pasaba el día en el taller, practicando con las puertas y ventanas que encontrábamos. En el vertedero del sur de la isla había tantas que nos llevábamos todas las que nos cabían en la plataforma de la camioneta. No entiendo por qué la gente tira esas cosas. Si se pueden arreglar; y sirven para abrirlas y para cerrarlas y para jugar con ellas.

Solíamos evitar las casas con puertas nuevas porque cuando a la gente se le ocurría cerrar con llave era difícil entrar. Por suerte, en la isla esas cosas no las hacía casi nadie. De todas formas, cuando no conseguíamos entrar en una casa, por lo general tenía un granero o un cobertizo, así que al final siempre acabábamos encontrando algo. Una vez nos llevamos un lechón. Nos hacía falta uno y, la verdad, el granjero tenía tantos que no iba a poder comerse los todos él solo. Me sorprendió que no protestase cuando papá lo levantó, ni siquiera un gritito de miedo. A lo mejor fue porque él era muy bueno con los animales. Con todos los animales. También sabía matarlos sin que notasen nada. Decía que no era más que otra forma de tratarlos bien.

Cuando llegó el momento de que saliese yo sola, al principio no las tenía todas conmigo. Sobre todo, porque la última noche con papá las cosas habían estado a punto de acabar mal. Habíamos encontrado un par de vigas de hierro largas y oxidadas y las habíamos subido a trancas y barrancas a la camioneta, pero al pasar por un pueblo doblamos una esquina y una de ellas chocó contra un muro, haciendo un ruido de mil demonios. Se encendieron las luces de algunas casas, pero en el último instante papá logró desviarse por un camino de tierra y ponerse a cubierto tras un seto, de modo que nadie nos vio. Al día siguiente, subimos las vigas a rastras hasta el primer piso, donde cabían en el pasillo por los pelos. Había que ir con cuidado, eso sí, para no chocar con ellas con los pies descalzos.

Otra vez también nos faltó muy poco para que nos descubrieran, pero ahí la culpa fue mía. Sin querer, pisé un tapacubos en el garaje del fontanero. Después me escondí en un rincón conteniendo el aliento, porque oí que el fontanero abría la puerta del garaje. Si no llega a ser por su gato, que en ese mismo instante le saltó encima, habría encendido la luz y me habría descubierto. En cambio, le chilló al gato: «Pero ¡¿qué demonios...? ¿Has armado tú ese escándalo?! ¡Adentro ahora mismo!».

Cuando salí del garaje, papá tenía una cara rarísima. Lo había escuchado todo desde fuera y no tenía ni idea de que también había un gato.

El caso es que no tardé en encontrarle ciertas ventajas a eso de salir sin papá. Para empezar, yo era más menuda y más rápida, y había aprendido a moverme sin hacer el menor ruido. Iba andando o corriendo, porque aún no tenía edad para conducir, y montar en bicicleta no me gustaba. Además, veía en la oscuridad mucho mejor que papá. «Tienes que ser como el búho», me decía muchas veces, y yo lo era, aunque no sabía volar ni giraba la cabeza hasta darle toda la vuelta. Y eso que estuve entrenándome en las dos

cosas hasta que comprendí que nunca se me daría bien ninguna de las dos. Carl también lo intentó, claro. A él, en cambio, le fue un poco mejor.

Mamá no decía gran cosa. En realidad, creo que no le hacía mucha gracia que saliéramos de noche, aunque sí le gustaba lo que traíamos. Sobre todo, lo que salía de la cocina de la fonda.

Uno de los primeros recuerdos que tengo de mi vida en La Cabeza es el aroma a resina fresca: el peculiar cosquilleo en la nariz, la sensación pegajosa en la palma de la mano y la voz bondadosa de papá al hablarme del jugo que corría por dentro del tronco. Era un jugo prodigioso, aseguraba, porque protegía de ataques y, al mismo tiempo, curaba heridas y conservaba bichejos muertos por toda la eternidad. También recuerdo haber visto una hormiguita viva trepar por la corteza, pasar junto a aquellas gotas doradas y viscosas dando un rodeo y perderse en una grieta para reaparecer al cabo de un instante algo más arriba. Arriba, siempre hacia arriba.

Después de aquel día, les susurraba a los árboles sangrantes que sus heridas se curarían, porque la resina era su sanadora y protectora. Los árboles eran amigos míos.

Y las hormigas eran nuestros conocidos comunes. Siempre al pie del cañón, criaturas pequeñas y tenaces en busca de su camino. Árbol arriba, árbol abajo, hierba a través, cruzando el patio, por la cocina, subiendo al armario, bajando a la miel, por el cuarto de estar, al hormiguero y vuelta a empezar. Por lo general, llevando a cuestras comida o algún objeto en apariencia inservible y, de vez en cuando, a un miembro de la familia muerto.

No sé si alguien diría que los árboles que crecían detrás de nuestra casa eran un bosque, porque ¿cuántos árboles hacen falta para formar un bosque? Desde luego, para Carl y para mí era un bosque, un bosque gigantesco. No, era

más que eso. Era un mundo ilimitado de olores, sonidos y vida que en algún punto a lo lejos se disolvía en un paisaje de cantos de alondra, brezo y hierba azul que se escurría por la arena, que se escurría por el agua, que se perdía en un mar sin fin.

Pero lo del brezo y el mar tardé algún tiempo en averiguarlo. Al principio, estaba sólo el árbol. Aquel árbol sangrante y aquella hormiga lista que esquivaba el oro viscoso que podría haberla asfixiado.

Más tarde descubrí los otros árboles: los abetos que tendían los abanicos de sus ramas hacia el suelo en un intento de oír los susurros de la tierra. Qué aire tan triste tenían siempre; además, aunque algunos alcanzaban alturas desmesuradas, parecían agacharse, nostálgicos del lugar que los había visto brotar. Qué distintos de los pinos, densos y fuertes, con sus agujas hirsutas y sus piñas rebosantes. Siempre me daban la sensación de que la tierra les traía sin cuidado. No tengo ninguna duda de que miraban al cielo, y quién sabe si no habrían alzado el vuelo de buena gana de haber encontrado el modo de despegarse del suelo. Aun así, quiero creer que habrían regresado. Al fin y al cabo, su sitio era La Cabeza, como me ocurría a mí.

Creo que mis favoritos eran los abetos, aunque a mí también me gustaba la idea de salir volando.

Luego estaban los árboles sonajero. Se ocultaban entre las coníferas con sus esbeltos troncos grisáceos rematados por guirnaldas de hojas verdes, corazoncillos dentados que, mecidos por la brisa, tintineaban como música. Tanto me entusiasmaba ese sonido que a veces me sentaba al pie de uno de ellos a esperar al viento. Recuerdo con claridad lo mucho que me asusté el día que, de repente, el primer suspiro del otoño arrancó las hojas, que quedaron esparcidas por el suelo en torno a mí. Allí me quedé, en medio de un mar de corazones perdidos. Intenté volver a sujetarlos a las ramas (a las más bajas, porque no era muy alta), pero con mis temblorosos esfuerzos lo único que conseguí fue

arrancar aún más hojas. No entendía nada. Hasta que llamé a papá y él me lo explicó todo.

A partir de aquel momento, el bosque se convirtió en el lugar más seguro del mundo. Entendí que todo regresaba. Que los colores se iban reemplazando unos a otros: al verde claro el oscuro, el rojo fuego, el ocre dorado, el más negro de los negros. El humus. Que la tierra precisaba algo que comer para hacer brotar vida nueva. Que la luz sucedía a la oscuridad, que sucedía a la luz. Que los corazones volverían a crecer.

Hoy creo que papá nunca fue tan feliz como allí, en plena naturaleza. Donde podía respirar. Nunca hemos vuelto a tener tanto aire y tanta luz como entonces, y estoy segura de que sentía en la panza el calor del sol como lo sentía yo cuando, echados boca arriba, observábamos los pájaros en las copas de los árboles. Mamá aún no me había enseñado la canción del alfabeto y yo ya reconocía el canto de todos los pájaros. Y cuando me la enseñó, yo insistía en acabarla con la ø .

Yo quería terminar en una ø. No en una å<sup>[1]</sup>

A veces me pregunto si sería todo ese aire lo que después mantuvo a papá con vida. Y toda esa luz. ¿Se podrá almacenar dentro del cuerpo para usarlo más tarde igual que se almacenan recuerdos en la cabeza; y pilas de paquetes de pan crujiente y galletas en el lavadero, y paraguas y tapacubos y tocadiscos viejos en la cocina, y abrazaderas y redes de pesca y latas de conservas en el cuarto de baño, y rollos de tela y vigas de hierro y abono y bidones de gasolina y periódicos y alfombras en el pasillo, y piezas de maquinaria y colchones de muelles y bicicletas y teatros de marionetas y violines y pienso para gallinas en el cuarto de estar, y toallas y peceras y máquinas de coser y velas y montones de libros y pastas en el dormitorio, y una cabeza de alce disecada en el cuarto de al lado, y casetes y edredones y sobres de gel de sílice y bandejas de aluminio y

sacos de sal y botes de pintura y barreños y peluches y niños en un contenedor viejo?

Vale, entiendo que, dicho así, suena bastante raro, pero es que era así. No acabábamos de ser como el resto del mundo, me fui dando cuenta sobre la marcha. Mamá también lo sabía. Ahora estoy leyendo las cartas que escondió para mí en una carpetita verde. «Para Liv», pone.

Así me llamo. Liv.

No quiero leerlas todas de golpe. No me gusta la idea de que se acaben, por eso sólo me leo una cada vez. Tengo tiempo de sobra.

Papá no se parecía en nada al resto del mundo.

Se llamaba Jens.

Jens Haarder.

Querida Liv:

Pongo esta página la primera de la carpeta. Considérala una introducción. Las otras puedes leerlas en el orden que prefieras. No creo que haya ningún orden.

Siempre me faltó valor para decirte todo lo que habría querido, y a medida que mi voz se fue desvaneciendo, ya no fui capaz de hacerlo. Pero sí puedo escribir y tú sabes leer —de eso me he ocupado personalmente—, y puede que un día leas estas reflexiones mías. Puede. No sé si debo esperarlo. Lo que espero es que, si lo haces, tengas edad suficiente.

Ya te he escrito varias cartas largas, pero también hay algunas breves que, en realidad, son apuntes apresurados, ocurrencias repentinas. No sé cuántas habrá al final. Ni cuál será ese final.

He escondido la carpeta para que no la encuentre tu padre, creo que es lo mejor. Si la cuelo entre el borde de la cama y el colchón y le echo la manta por encima, no se ve nada; además, así siempre la tengo cerca por si surge algo que contarte.

Aun así, cada vez me cuesta más sacarla. Peso tanto que ya casi no puedo darme la vuelta. Y me duele todo el cuerpo.

Perdona si lo que dicen mis cartas te parece caótico. Pero estás acostumbrada a manejarte en el caos, así que quizá lo comprendas todo. Quizá también comprendas a tu padre.

Debes saber que le quiero. Y debes saber también que lo más probable es que algún día tu padre acabe con mi vida. Yo lo entenderé, Liv. Pero ¿y tú?

Con todo mi amor,

tu madre